

EL MOVIMIENTO DE LOS ESTUDIANTES

Y LA CRONICA "ENFERMEDAD" DE LA ESCUELA

Los estudiantes han vuelto a las plazas en Italia, en Francia, en China, España, de improvviso, volviendo a evocar el "espectro" del "terrible" sesenta y ocho, y los diversos órganos de prensa burgueses se esfuerzan intentando clasificar y definir mejor la naturaleza de este movimiento (enseguida etiquetado del "86").

Es común a estos plumíferos la definición según la cual estos muchachos serían la expresión democrática de un descontento que reivindica el "derecho al estudio", una escuela "mas eficiente", la disminución de las tasas escolares, la reforma de la didáctica y la posibilidad de una futura y real desembocadura en el mundo del trabajo.

"Este movimiento no es político" escribía Zincone en las páginas del "Corriere della Sera"; "una marea de jóvenes llena de manifestaciones mas de cien ciudades italianas, y hoy desfila por las calles de Roma. La manifestación grita al gobierno y a las administraciones locales un descontento que enviste la construcción escolar y la ley financiera, los contenidos didácticos y la necesidad de inventar profesiones adecuadas para millones de ciudadanos".

Demasiado pronto, con el desarrollo de la instrucción escolar a nivel secundario y universitario y con el gran bombo propagandístico que iba jactándose de "estupefacientes consecuencias de este hecho internacional haciendo un despliegue de cifras, hablando de desarrollo democrático debido al cultural, de conocimiento político y cívico cuando no (¡sin mas!) de autoconciencia del pueblo" ("La Cronica" "Enfermedad de la Escuela" en "Programma Comunista, n°13-1969), los pequeño-burgueses se habían ilusionado con haber encontrado el camino justo para escapar a la proletarianización ("naturalmente son arrastrados también numerosos hijos de obreros que tratan de pasar de la franja mejor pagada del proletariado a la inferior de la burguesía. El deseo de cultura -es inútil decirlo- tiene aquí un valor casi irrelevante; el punto central es este: escapar al infierno de la fábrica").

Jamás uniéndonos a la banda de coyotes que vitoreaban las "magníficas y progresivas suertes" de la humanidad, hablando de "pacífica revolución cultural", nosotros solos hemos tratado de subrayar siempre la sustancial función contrarrevolucionaria de tal fenómeno.

El hecho es que, así como estas boberías tienen la facultad ideológica y material de crear castillos de naipes en los cerebros desprevenidos de la "gente", sobre todo en los más jóvenes, una vez que estos se hunden, frente a una realidad muy distinta de las estupefacientes promesas de trepar socialmente a través de los estudios, aquella misma gente, sintiéndose traicionada, se manifiesta en las calles para pedir una escuela eficiente, mas selectiva, incluso mas severa, pero que consiga asumir sus deberes de preparar técnicos capaces de introducirse en el mundo del trabajo.

Frente a estas peticiones por el contrario, mas alla de interpretaciones personales de periodistas, sociólogos y estudiantes, aparece la realidad objetiva que arroja toda retórica parlanchina y demuestra la incapacidad de la sociedad del capital para resolver no solo el problema de la escuela sino ni siquiera los problemas inmediatos ligados a ella. Es también por esto por lo que llega a ser aun mas una bufonada el hacer creer (tonto el que lo cree) que es la cultura (burguesa, naturalmente) "el instrumento indispensable para mejorar, para 'salir adelante'... Venir a decir esto en la actualidad, cuando la descualificación se hace cada vez mas evidente como fenómeno necesario en un determinado nivel de desarrollo capitalista es verdaderamente canallesco" (idem).

La sociedad capitalista, sobre todo en periodos de crisis económica, no puede garantizar, ni hoy ni mañana, a gran parte de los estudiantes, una ocupación. Es ante todo esta inseguridad, esta incertidumbre, la que provoca las manifestaciones de rabia que, a veces, "desembocan en violencia" (como dicen los periódicos burgueses), porque son presa facil como siempre de los "grupos facinerosos" (se escribe en el diario "La República" a propósito de las manifestaciones de Milan del 13 de diciembre pasado: "pedradas, gases lacrimógenos, vuelve el miedo... Treinta mil en la calle contra la ley de tasas. Manifestaciones a su vez en Roma y Nápoles, donde fueron ocupadas siete facultades").

Estas manifestaciones, violentas o pacíficas, no representan, por consiguiente, las luchas de un movimiento autónomo y clasista sino simplemente la desesperación de extractos pequeño-burgueses que, aun enfocando todas sus fuerzas para conseguir objetivos puramente individuales, lanzándose a la divinidad burguesa de la carrera, alcanzan un resultado, en el menos malo de los casos, el de seguir siendo pequeño burgueses, pero que la mayor parte de las veces están obligados a vagabundear en busca de un puesto de trabajo que no corresponde al esfuerzo hecho o a los "méritos personales" (congénitos o adquiridos). La fábula siempre es la misma y "la burguesía ha rodeado siempre esta caza al diploma de una alo de retórica, alabando los esfuerzos (de los otros) para obtenerlo y presentandolo como un ideal realizable por todos (¡Todos pequeño-burgueses!) con tal de que se tenga buena voluntad".

Pero ni la especialización técnica, ni la cultura se demuestran actualmente como garantías de un buen puesto de trabajo.

"En Italia la concepción gramsciana ponía el acento sobre la preparación tecnológica, planteamiento magníficamente contrastado por la izquierda marxista. Pero la crisis del 29 arrojó en medio de la calle, sobre todo en América y en Alemania, no solo a la mano de obra, sino también a millones de especializados y superespecial-

lizados. Y la tan invocada tecnología lleva a cabo un desfalco precisamente en el campo de los técnicos. Un nuevo proceso de producción puede hacer inútil los conocimientos técnicos de millones de especialistas y para muchísimos cerebros y calculadoras electrónicas son como el D.D.T."(Idem).

El idolatrado progreso tecnológico ha convertido por consiguiente en papel mojado el diploma.

"En lugar del trabajador-estudiante, tendremos al estudiante-trabajador, o sea el administrativo, el delineante, los habilitados y el "mayorcito" de las profesiones clásicas, los que deberán coger la paleta y el martillo".

"Un poco distinta, pero no por mucho tiempo, es la condición de muchos licenciados. Quien estudió para ejercer de abogado hará de maestro o de empleado del orden. Hacia el sur se encuentran escogidos licenciados que hacen de barrenderos, y desde este punto de vista, por la ley del desarrollo combinado, él traza la vía que también seguirá el norte. La consideración que se comienza a tener del doctorado, se ve por la facilidad con la que los claustros conceden el título de doctor a cualquiera". (Idem).

"La escuela no podrá ir a la par con el desarrollo de los medios de producción (por el contrario, precisamente este continuo desarrollo es el que hará de ella cada vez mas un lugar de aparcamiento de los futuros desocupados) y en consecuencia no conseguirá darle a los estudiantes una preparación adecuada de cara a los nuevos desarrollos de las fuerzas productivas. Todo lo mas, trata de perseguir este objetivo, pero no sería poco si consiguiese dar la preparación básica que distingue al moderno proletariado del campesino de ayer, tratando al mismo tiempo de inculcarles la ideología dominante y el mito de la emancipación cultural. Es inevitable pues, por consiguiente, que los estudiantes, intuyendo su perspectiva de desocupados, protesten. Pero también en la protesta, el estudiante sigue siendo "la quinta esencia de todas las ilusiones pequeños burguesas"(Idem).

Nosotros comunistas revolucionarios sabemos que los estudiantes, en esta sociedad, no siendo una clase sino un extracto compuesto de individuos provenientes de varias clases, no pueden mas que luchar por objetivos interclasistas y, mientras que luchen como extracto particular y por sus intereses específicos, su batalla irá en sentido opuesto a aquella históricamente revolucionaria de la clase proletaria (aun a pesar del actual sometimiento de esta última al oportunismo).

Comentando el movimiento estudiantil del 68, escribíamos en "Programa Comunista":

"Los movimientos estudiantiles no pueden presentar una historia o una tradición histórica".

"...Propugnar en este putrefacto 1968 la autonomía de un movimiento estudiantil no es mas que una prueba ulterior de todo lo que acumula en las arenas movedizas de la traición y de la blasfemia el falso comunismo de los sucesores de Stalin, los que, hundidos ya en los bajos fondos del peor revisionismo socialdemócrata, seducidos por la perspectiva de una obscena maniobra electoral, se lanzan a enunciar la tesis descompuesta de que los estudiantes forman una clase social,

hasta consideran como una izquierda extremista de estos movimientos incoherentes aquella que se reclama a la China de Mao, y asume, como fórmula teórica relativa al Estado, la de 'poder obrero'".

"...El mercado o trueque es engañoso precisamente porque no son una verdadera clase los estudiantes universitarios y los otros estudiantes, ni todos los extractos que se agolpan detrás de ellos: intelectuales, como escritores, artistas e histriones de divesos tipos en los que se cristaliza la degeneración de esta sociedad burguesa: escritorzuelos, pintamonas, correveidiles y vocingleros enronquecidos; mientras que es solo verdadera la clase obrera a la que hoy una banda de alcahuetes desnuda para prostituirla ofreciéndola en el mercado". (Nota Elemental sobre los Estudiantes y el Marxismo Auténtico de Izquierda" en "El Programa Comunista, nº8, 1968).

Y nada tenemos que modificar o que añadir. Como siempre nuestra tarea sigue siendo aún hoy la de criticar asperamente a quién quisiera etiquetar a los estudiantes como movimiento de izquierda o a quién sin más, en nombre de la democracia "pluralista" lo pretende apolítico y apartidista. Pero este reclamo al apartidismo del movimiento estudiantil no es más que una frase hipócrita en los labios de la clase dominante para tratar de ocultar el hecho de que, noventa y nueve casos de cien, las instituciones vigentes están permeadas por el más preciso espíritu clasista, y por consiguiente político.

"La división en clases es sin duda la base más profunda de los alineamientos políticos, en última instancia es siempre ella, naturalmente, la que determina estos alineamientos. Pero esta base profunda se revela solamente en la medida que avanza el desarrollo histórico y aumenta la conciencia de aquellos que participan en este desarrollo y lo crean. A esta última instancia se llega solamente mediante la lucha política, y a veces como resultado de una lucha larga y tenaz, que se posterga durante años y decenios, que a veces se manifiesta tempestuosamente en diversificadas crisis políticas, a veces se aplaca y temporalmente casi se para" ("Las tareas de la juventud proletaria". Lenin-1903).

El movimiento estudiantil, precisamente por su naturaleza interclasista y predominantemente pequeño-burguesa, no podrá jamás ser revolucionario, todo lo más que puede hacer es plantear o conseguir objetivos reformistas. Y hablar de reformas en esta época de crisis profunda del sistema capitalista no puede significar más que ilusionarse y al mismo tiempo ilusionar a la clase proletaria, y también a extractos de la pequeña-burguesía, atravesada por tantos problemas que tienden inexorablemente a agravarse.

"Sepan, los pocos que puedan comprender, que tienen frente a sí dos caminos: mandar a la mierda los intereses de su clase (que se mantiene con vida con la cortina de oxígeno que el capitalismo, con fines de conservación social tiene interés en darle) y aceptar en pleno la causa histórica del proletariado, o convertirse en los rufianes conscientes o en siervos ciegos del capitalismo, sin tener con esto ninguna garantía de seguridad económica. Una tercera vía existe solo en la

fantasía de los hombres de la cultura" (La crónica "enfermedad" de la Escuela, en "Il Programma Comunista, Nº13 - 1969).

* * *

NOTA ELEMENTAL SOBRE LOS ESTUDIANTES

Y EL MARXISMO AUTÉNTICO DE IZQUIERDA

DE "IL PROGRAMMA COMUNISTA"

Nº 8, 1-15 DE MAYO DE 1968

Los movimientos estudiantiles no pueden presentar una historia o una tradición histórica.

En la época de las revoluciones burguesas liberales, republicanas o aunque solamente constitucionales, los movimientos o los organismos estudiantiles no tuvieron acciones o tareas autónomas. Los grupos de estudiantes de la época se unieron a los revolucionarios burgueses, patriotas o masones, y a veces como en Italia a Cortatone o Muntanara, combatieron en las formaciones independentistas. En Francia, es cierto que estudiantes de la época figuraron entre los que asaltaron la Bastilla y entre los *Sans-culotte*, además de entre los soldados de los ejércitos revolucionarios a las órdenes del ex-estudiante de la escuela militar, Napoleón Bonaparte. En estos casos y en otros similares, la única clase autónoma, dirigente de las revoluciones y aspirante al nuevo poder, era la gran burguesía financiera y empresarial.

Propugnar en este putrefacto 1.968 la autonomía de un movimiento estudiantil no es más que una prueba ulterior de todo lo que acumula en las arenas movedizas de la traición y la blasfemia el falso comunismo de los sucesores de Stalin, los que, hundidos ya en los bajos fondos del peor revisionismo socialdemócrata, seducidos por la perspectiva de una obscena maniobra electoral, se lanzan a enunciar la tesis descompuesta de que los estudiantes formen una clase social, y hasta consideran una izquierda extremista de estos movimientos incoherentes, la que se reclama a la China de Mao, y asume, como fórmula teórica relativa al estado, la de "poder obrero".

Después de que los falsos comunistas de hoy, herederos de Stalin aquí como en Budapest, Varsovia o Praga, dicen representar a la clase obrera y también al centro de una enmarañada y repugnante unidad organizativa y parlamentaria, nosotros, que somos los únicos que hemos permanecido fieles a la doctrina originaria e invariante del marxismo, tenemos claro el derecho de considerar como dignas de un cara dura y del correspondiente estómago de avestruz, la impasible deglutación y digestión de la tesis superbestial de que las bandas de estudiantes más o menos ardientes de los ideales de saltar por encima de las lecciones, ahorcar a los profesores y hacer trampa en los votos de los exámenes, formen una clase social a los

que se dirige este apóstrofo ignominioso: "¡Adelante muchachos: Hoy os toca a vosotros, os ofrecemos en venta a precio de saldo, cotizado en esterlinas o dólares ultradevaluados, la primogenitura del proletariado rojo reivindicada siempre por nosotros, como clase hegemónica de la revolución mundial.

--

El trueque es engañoso precisamente porque no son una verdadera clase ni los estudiantes universitarios y otros estudiantes ni todos los extractos que se amontonan detrás de ellos: intelectuales, como escritores, artistas, histriones de diversos tipos en los que se cristaliza la degeneración de esta sociedad burguesa: escritorzuelos, pintamonas, corre ve y dile y vocingleros enronquecidos; mientras una verdadera clase es la clase obrera que hoy una banda de alcahuetes desnuda para prostituirla ofreciéndola en el mercado.

Segun Marx, el proletariado es una clase no solo porque sin su participación activa no es posible la producción de cualquiera de las mercancías, cuyo conjunto forma la enorme riqueza de la sociedad capitalista, ya se trate de bienes de consumo o de bienes instrumentales, porque el proletariado además de producir todo, se reproduce también así mismo, o sea realiza la producción de los productores. Es en este sentido en el que Marx quiso introducir en su moderna doctrina, después de casi veinte siglos, el término clásico con el que los antiguos romanos designaban a los miembros de la plebe trabajadora de su época: proletarios.

En este punto, queriendo desarrollar nuestra confrontación entre el fecundo proletariado que hoy debería desaparecer de la historia y los actuales estudiantes que realizan tumultos para ocupar su lugar, se estaría obligados a fáciles ironizaciones, leyendo las noticias de prensa sobre las colectividades estudiantiles en los colleges americanos o en los campus franceses donde el principal postulado revolucionario parece ser la libertad sexual.

Los obreros de ambos sexos, pueden, apareandose, generar nuevos obreros para los ejércitos de trabajo de los siglos futuros, mientras que hasta ahora no es automático que los estudiantes tengan que generar estudiantes, incluso en aquellos pueblos en los que a los hijos nacidos de los obreros y de los campesinos les ha sido concedida la magnánime libertad de estudiar.

Las clases estériles no pueden pedir nada a la historia; y la más sólida Bastilla contra la que parecen haberse debido lanzar los jóvenes franceses, parece haber sido el muro con vallas que el ministerio de instrucción había hecho levantar para tutelar el barrio de los estudiantes (verdadero gineceo moderno) de las incursiones de los colegas machos, no por cierto empujados por el deber de dar vida a futuras generaciones estudiantiles, ni convencidos de que el poder genético fuese una parte de la conquista del poder político. Pero, si queremos también tomar en consideración a las clases históricas que han precedido a la odiosa burguesía capitalista, es fácil ver que, por su dinámica histórica,